Sr. Arnaldo Otegui:

Hace cuarenta años que ETA decidió matar. Con precisión y a sangre fría. Y 858 víctimas después, esas mismas cabezas que ordenaron la muerte de inocentes han determinado que el asesinato ya no constituye una "estrategia eficaz". De repente los justicieros se han vuelto defensores de la paz. ¿Arrepentimiento? Nunca. Más bien cálculo propagandístico. Una artimaña perfecta consistente en desencadenar la violencia unilateralmente para, cuando conviene, suspender la masacre y aparecer ante la sociedad como un garante del orden social.

No, señor Otegui. Un asesino no se convierte en pacifista cuando deja de matar. Es y seguirá siendo un asesino. Las vidas se borran -como usted y sus compañeros bien saben. Pero los muertos no. Pesan y están ahí. Indelebles. Recalcitrantes. Y pretender ahora hacer recaer sobre las víctimas la responsabilidad de llegar a un consenso cívico me parece el ejercicio de cinismo más miserable que he conocido.

Las víctimas ya fueron empujadas en su momento a sufrir la inclemencia de una renuncia para la que nadie está preparado: la de sus propias vidas y la de sus seres queridos. Ahora se les exige una segunda renuncia todavía más inasumible: la de su dolor. A día de hoy, la complicidad de los suyos y la de los que, desde el silencio de lo políticamente correcto, se atrincheran en una equidistancia demencial, ha hecho de las víctimas culpables implícitos de la no resolución definitiva de lo que su delirante y eufemístico vocabulario denomina "conflicto vasco". Hablemos claro: una víctima, por el simple hecho de ser víctima y no querer ni poder enterrar su dolor, es tildada de facha, de reaccionaria, de no dialogante. Como si el estatus de "víctima" fuera una opción ideológica elegida voluntariamente. Como si el hecho de que te mataran a un allegado se tratara de una opción vital, modificable mediante el oportuno curso de "cómo ser un buen demócrata".

Si hay algo que agrede el sentido común es que, después de haber abierto 858 agujeros negros en las sociedades vasca y española, ahora, de súbito, usted se envuelva en un "aura de luz" y aparezca como un ilustrado contemporáneo dispuesto a poner racionalidad donde solo había sinsentido. ¡¡¡Racionalidad!!! ¿Usted cree que el dolor insondable de cualquier víctima es susceptible de ser reducido a códigos, a explicaciones, a razones cristalinas? Cuando la barbarie se pretende racionalizar, surge

el fascismo que, en rigor, es el único escenario de convivencia que usted y los suyos toleran y asumen.

Sr. Otegui: las luces saturadas y cegadoras de su pacifismo pretenden ocultar una de sus más feroces realidades: 24 niños han sido asesinados por ETA. ¿Cómo explica su "sensatez" y "racionalidad cívica" este hecho? Ha tenido oportunidad de condenar estos crímenes, y ha respondido con la desfachatez que caracteriza al cálculo violento. La supuesta ponderación que usted dice aportar en beneficio de una solución consensuada no es ni por asomo la evidencia de sensibilidad social alguna; más bien responde a la frialdad metálica de quien ha optado por la "paz" porque resulta un arma mucho más humillante y bochornosa que la violencia. Usted ya no engaña a nadie.

858 víctimas no es una cifra redonda ni tan impactante como los saldos resultantes de otros procesos de aniquilación sistemática perpetrados por el hombre. Pero haga historia señor -"su" historia- y cuente uno por uno, con sus nombres y apellidos, cada una de las personas asesinadas. Le aseguro que la realidad surgida de esa enumeración es infinita, inabarcable, imposible de encapsular en ningún relato. Y si, después de este demoledor ejercicio, usted, Sr. Otegui, sigue siendo capaz de explicar lo inexplicable mediante una macabra ecuación de impostura democrática, entonces, habrá demostrado que su "pacifismo" no es sino la fase más avanzada y refinada del delirio violento terrorista.

Se despide de usted,

Omar Jerez.